
GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.

CLINICA INTERNA.

ESCARLATINA COMPLICADA CON FIEBRE PERNICIOSA DE FORMA CONGESTIVA.

El niño Ignacio Guzman, de nueve años y medio, de temperamento linfático y salud delicada, empezó en un estado febril el día 10 de Octubre del año de 1877. Este niño se habia puesto en contacto con otro, tres dias ántes (el 7), que se hallaba en el periodo de descamacion de la escarlatina; la mamá le permitió el que fuera de visita y jugara con el niño enfermo, confiada en que su hijo habia pasado dicha enfermedad el mes de Febrero de 71, y habia sido asistido por nuestro malogrado compañero el Dr. Mauricio Flores.

El mismo dia 10 en la noche fui llamado para asistirlo; la calentura era bastante alta; pulso á 120, la cara estaba inyectada, la conjuntiva lo mismo, muy ligero dolor de cabeza, ninguna molestia en la garganta, ligero dolor en la region lombar, lengua roja, húmeda, sed soportable: en vista del cuadro de síntomas y de los antecedentes que se me daban, creí en la invasion de una fiebre eruptiva, inclinándome al sarampion, tanto por haber pasado el enfermito la escarlatina, y por no haber sido ésta segun los padres, ligera, cuanto por la inyeccion de los ojos, la ninguna molestia en la garganta, y la muy poca rubicundez de la piel; sin embargo, dudé entre la escarlatina y sarampion, y aguardé nuevos signos para confirmar mi diagnóstico y externarme. Esa noche prescribí un sudorifico, é infusion de violeta como tisana.

Día 11 en la mañana.—Sigue el mismo cuadro de síntomas; mayor calor periférico que el dia anterior, pulso á 120, respiracion acelerada, la presion en diferentes lugares del cuerpo dejaba una señal blanca muy marcada; examinada la faringe á la claridad del dia, estaba roja y las amígdalas hipertrofiadas: en vista de estos síntomas, y de haber estado el niño jugando con otro que tenia escarlatina, no habia ya lugar á la duda, se trataba de una escarlatina: se le prescribió una infusion de hojas de digital, á la que se asoció nitrato de potasa y tintura de belladona, la tisana de violeta como bebida á pasto, lavativas purgantes y té con leche como alimento.

Día 12 en la mañana.—Había tenido mucha inquietud en la noche anterior, y según la familia la calentura fué mayor, habiendo delirado algo; el estado que ofrecía era muy semejante al del día anterior, solamente que la rubicundez de la piel estaba mucho más marcada; se le mandó tomar inmediatamente 0,50 centigramos de bromhidrato de quinina en cuatro píldoras, y continuar con la misma pocion de digital y las lavativas purgantes: el enfermo acusó una sordera bastante marcada *antes de tomar la quinina*.

Día 13 en la mañana.—Hubo como el día anterior aumento de la calentura en la noche, agitacion y delirio; se repitieron los cincuenta centigramos de quinina (bromhidrato), y se continuó el mismo tratamiento aumentando la dosis de la belladona.

Día 14 en la mañana.—Sigue el mismo cuadro de síntomas; se insiste en el mismo tratamiento inclusive la quinina.

Día 15 en la mañana.—Sigue el mismo cuadro de síntomas; se suspende el tratamiento y se le ordena un purgante con 30 gramos de citrato de magnesia; naranjate con vino tinto como bebida.

Día 16 en la mañana.—Habiendo sido la noche muy agitada se volvió á mandar la misma pocion de digital, agregándole 0,15 centigramos de ácido fénico cristalizado, y aumentando á 0,05 el extracto de belladona en el día: no se dió el bromhidrato de quinina.

Día 17 en la mañana.—Comienza á bajar la fiebre; el delirio ha sido insignificante; se continuó con la misma pocion de digital, belladona y ácido fénico, y se le administró 0,50 centigramos de bromhidrato de quinina; la sordera que se presentó desde el día 12, tercero de su enfermedad, continúa.

Día 18 en la mañana.—La calentura es insignificante; el enfermito se encuentra muy bien; la descamacion en la piel comienza. Se le dieron sus cincuenta centigramos de bromhidrato de quinina en la mañana, y se le ordenó una bebida de cocimiento de grama con nitrato de potasa y jarabe de grosella; se suspendieron las cucharadas, y como alimento se le puso té con leche, caldo y sopa.

Día 19 en la mañana.—Remision absoluta del estado febril; el enfermito se encuentra muy bien; toma 0,50 centigramos de quinina en la mañana, y continúa con su bebida de nitrato de potasa; alimento té con leche, caldo, sopa y pollo; el día lo pasa perfectamente y contento, la noche del 19 al 20 duerme muy bien, en la mañana del 20 á las seis, toma sus cincuenta centigramos de bromhidrato de quinina.

Día 20.—Por ocupaciones de mayor urgencia, y considerando á mi enfermo en perfecta convalecencia, en lugar de verlo entre nueve y diez de la mañana como tenia de costumbre, lo hice á las once: cuál sería mi sorpresa al encontrar á la familia en la mayor agitacion; el enfermo se moria, y al salir el padre en busca mia, la Providencia le deparó en la puerta á nuestro apreciable compañero Dr. D. Lázaro Ortega, quien prestó los primeros auxilios, y sin los que de

seguro no lo hubiera yo encontrado con vida. Parece que el niño al amanecer el día 20 y despertar, no estaba tan contento como lo había estado el día anterior; se quejaba de sueño y modorra; como á las nueve de la mañana tuvo una lipotimia que pasó con bastante rapidez, pero que alarmó á la madre quien envió á buscar al padre á la oficina; el niño, al entrar el padre, se esforzaba en aparecer contento, y aun decia que su mamá se había espantado sin motivo, que se sentía bien y que había tenido un valido. El ojo previsor del padre no se engañó; vió la cara del niño demudada, vió la muerte que se cernia sobre él, y se lanzó á la calle en busca de auxilio para su hijo que comprendia estaba atacado gravemente; fué cuando encontró á nuestro compañero Ortega: en este intervalo el niño cayó sin conocimiento, cianozado por completo, como no recuerdo haber visto á otro enfermo, pues su cuerpo, y especialmente sus extremidades y cara estaban negras; algunas convulsiones agitaban sus miembros, la pupila estaba completamente contraída (del tamaño de la cabeza de un alfiler), inmóvil, la conjuntiva ligeramente inyectada, respiracion estertorosa y muy retardada, pulso filiforme intermitente y faltando algunas veces; frialdad general: este fué el estado en que el Sr. Ortega me dijo haber encontrado al enfermito, y estado que pude comprobar cuando yo llegué á las once de la mañana: en el acto el mismo Sr. Ortega, y apenas sin tiempo para tomar informes del por qué de aquello, vió el cuadro de síntomas y comprendió que era una congestion cerebral fulminante; que la primera indicacion era abrir la vena, y lo hizo él en persona, sacando de dos á tres onzas de sangre; ordenó unas lavativas enérgicas purgantes y antiespasmódicas, el emético á dosis refracta al interior, como se le pudiera dar, pues no podia pasar ni una gota de agua; puso botellas calientes á los piés, sinapismos á las extremidades y corazon, y por último, procedió á la flagelacion por que el enfermo espiraba. A mi llegada, como dije, comprobé el cuadro de síntomas, y convine con el Sr. Ortega que se trataba de una congestion cerebral violenta, debida probablemente á la discrasia de la sangre, consecuencia de la escarlatina: no pude ménos de aprobar todos los medios que había empleado, y de comun acuerdo ordenamos en el instante una gota de cróton al interior; insistir en los sinapismos y lavativas, y mandar preparar oxigeno para hacer inhalaciones, porque la asfixia era paténte y eminente: allí los dos juntos hemos tenido que repetir la flagelacion, y hubo dos momentos en que el pulso y la respiracion se perdió por completo, y creimos ambos á dos que el enfermo había terminado: en esta lucha dieron las doce del día, y como el Sr. Ortega tenia compromiso para asistir á una junta á esa hora, tuvo que dejarme, no sin convenir ántes los dos en que miéntras el oxigeno llegaba, y visto el estado álgido del enfermo, se le diera con mucha prudencia un poco de vino de Jerez como tónico, para que nos diese tiempo de aplicar el oxigeno, y á la vez convenimos en reunirnos á las cinco de la tarde.

Yo, como el encargado primitivamente del enfermo, y en vista de su situa-

cion crítica, pues aguardaba yo á cada instante la muerte, no creí conveniente ni decente por mi parte el separarme, y me propuse luchar hasta el último instante de su agonía.

A las doce y tres cuartos se hizo la primera inhalacion de oxígeno por cinco minutos, y con el mayor gusto y asombro presencié que el color amoratado desaparecia, que el pulso latia con mayor fuerza y se hacia más aparente, que la respiracion se modificaba en calidad y número de inspiraciones, y que respiraba el gas con *avidez*: como á los tres minutos de la inhalacion de oxígeno, el niño abrió los ojos y habló; sus labios en lugar de negros que estaban, tomaron un color casi rosado, y pudo conocer á las personas que lo rodeaban, sentándose, y haciendo uso de todos sus movimientos, tanto de los miembros superiores como inferiores.

Al cuarto de hora de la primera aplicacion de oxígeno que duró cinco minutos, se hizo una segunda, habiéndole dado ántes un poco de vino de Jerez: esta segunda aplicacion aumentó la mejoría del niño; su color se compuso, su pulso y respiracion eran mejores, y el niño pidió agua que bebió por su mano: como á la una y media dijo que tenia mucho frio, empezó un sacudimiento general de temblor, tenia sed insaciable, pedia constantemente agua que vomitaba tan luego como la tomaba; el color morado apareció de nuevo, no tan intenso como ántes; el pulso se puso muy pequeño y concentrado; las narices, manos y piés extremadamente frios: ordené una pocion de infusion de tila 100 gramos; valerianato de amoniaco cristalizado 1,50; cognac 20 gramos; jarabe de naranja 20 gramos. A las dos de la tarde seguia el mismo cuadro sintomático; el pulso latia 120 veces por minuto, el termómetro marcaba 37°. A las tres de la tarde el niño cayó en un coma casi absoluto, del que se le sacaba con mucha dificultad, haciéndose necesario moverlo mucho para obtener alguna mediana respuesta casi inteligible; el pulso latia 140 veces por minuto, el termómetro marcaba 37,⁵/₁₀; ordené que se le pusieran dos cáusticos á las pantorrillas, y prescribí 1 gramo de bromhidrato de quinina en 2 gramos de agua destilada para inyecciones hipodérmicas, y 1,30 centig. de la misma sal en 30 gramos de liquido para tomar en dos partes, reservándome á emplear las sales de quinina, previa discusion á las cinco de la tarde con el compañero Ortega, hora en que debiamos reunirnos.

A las cinco de la tarde no habia habido cambio en los sintomas ya descritos; el coma seguia, las respuestas eran muy difíciles, la pupila estaba muy pequeña é inmóvil, la cianosis bastante marcada, sobre todo en las manos y piés, el pulso latia á 140, el termómetro marcaba 38,⁵/₁₀.

Habiéndonos reunido á esta hora el Sr. Ortega y yo, le hice presente cómo se habian sucedido los sintomas desde las doce del dia, hora en que me dejé, de cómo se habia despejado el enfermo haciendo uso de todos sus movimientos, bebiendo agua por su mano, hablando: del frio intenso que se presentó; de la

sed, basca y temblor, y de cómo había caído después de esto en el estado comatoso en que lo encontraba, y para el que ya se habían empleado dos vejigatorios, y tenía yo ordenada la quinina, salvo que él encontrara alguna contraindicación: discutimos minuciosamente el diagnóstico; y en vista que el enfermo durante el periodo de la lucidez que tuvo, no ofreció ningún fenómeno de parálisis, ni en los músculos de la cara ni en ninguno de los miembros, que confirmase nuestra primera idea de congestión, pues no podían efectuarse fenómenos tan terribles de asfixia y cerebrales, sin dejar detrás vestigios de ellos mismos; en vista que todo había sobrevenido bruscamente, sin síntomas precursoros ningunos, y si se me permite la expresión, cuando el enfermo estaba en plena convalecencia de su escarlatina, pues se recordará que el periodo de descamación había empezado, y que el 19, víspera del ataque, había estado en perfecta apirexia y con buen apetito; en vista de los síntomas que ya he descrito de sed, frío y calor, sucedidos con la regularidad que se suceden en la fiebre intermitente, convenimos plenamente en que nos encontrábamos en presencia de una fiebre perniciosa á forma congestiva y asfixia, que era necesario obrar con toda energía, pues el ataque debía repetirse al día siguiente con mayor intensidad que ese día, y si el primero había puesto en las puertas de la muerte al enfermo, el segundo sin la menor duda debía acabar con él, convino conmigo en la necesidad de emplear la quinina, pero á una dosis excesiva, casi tóxica, pues no se tenía tiempo que perder, y se jugaba de una manera fija la existencia del enfermo: se dispuso por consiguiente que el gramo de quinina para inyecciones hipodérmicas, se dividiera en tres partes y se administrara á las diez de la noche una, otra á las dos de la mañana y otra á las seis de la misma; que el gramo 30 centigramos para tomar al interior, se dividiera en dos partes, y que se diera una á las diez de la noche y otra á las seis de la mañana; que se continuaran las lavativas purgantes para modificar en lo que se pudiera el coma en que estaba el enfermo, y que se hicieran aplicaciones de agua y éter acético á la cabeza.

Nos separamos, quedando en reunirnos al día siguiente á las nueve de la mañana, y debiendo yo pasar la noche al lado del enfermo para ejecutar lo dispuesto.

A las diez de la noche el estado del enfermo no había cambiado; el coma seguía, el pulso latía 148 veces por minuto, el termómetro marcaba $40, \frac{5}{10}$. Inquieto y preocupado de si aún había algún medio terapéutico que emplear además de los usados ya, y de los que debían usarse, solicité del Dr. Martínez del Río una consulta para oír sus consejos: enterado de todo lo ocurrido, de la manera como se habían sucedido los acontecimientos, y después de un prolijo examen del enfermo, convino conmigo en el diagnóstico de perniciosa á forma congestiva y asfixia, y aprobó en todas sus partes lo ordenado en la junta que se había tenido con el Sr. Ortega; solo añadió, visto el coma tan intenso, que se pusieran unas lavativas más enérgicas que las que hasta allí se habían usado, y

se formularon dos, compuestas cada una de infusion de valeriana, dos gotas de aceite de cróton, y quince centigramos de emético, las que se aplicaron una en el acto y otra á la madrugada.

La noche del 20 al 21 se hizo todo lo que ya he dejado indicado; las tres inyecciones hipodérmicas, cada una con 30 centigramos de bromhidrato de quinina y las dos pociones con 60 centigramos cada pocion de la misma sal.

Desde la segunda inyeccion hipodérmica, que como se recordará se hizo á las dos de la mañana, el enfermo empezó á despejarse, y un ligero sudor se presentó: á las seis de la mañana se hizo la tercera inyeccion y se dió la segunda pocion; el enfermito estaba bastante despejado, el estado comatoso habia desaparecido en gran parte, pues se sentaba y contestaba con facilidad á todo lo que se le preguntaba; no acusó zumbido de oidos, pero en cambio perdió la vista por completo, al grado de que siendo pleno dia creia que estaba á oscuras y conocia á las personas y las distinguia por el metal de voz: el pulso estaba á 120 y el termómetro marcaba 38°.

Dia 21. —A las nueve de la mañana nos reunimos en junta el Sr. Ortega y yo, como lo habiamos convenido el dia anterior; encontramos á nuestro enfermo bastante despejado, contestaba con facilidad, no se quejaba de nada, pulso á 120, termómetro á 37°, la vista habia vuelto en gran parte; se ordenó el calomel á dosis refracta y agua con vino á pasto, recomendando á la familia que si habia nuevo ataque se hiciera uso de los medios empleados el dia anterior; revulsivo, flagelacion, inhalaciones de oxigeno, etc., debiendo yo regresar á las once de la mañana para vigilar á mi enfermo, y debiéndonos reunir á las cinco de la tarde en junta.

A las diez de la mañana hubo un ligero ataque muy pasajero y que duró muy poco, puesto que á las once el enfermo estaba muy despejado, no tenia frio, ni presentaba ningun síntoma de cianosis; el pulso se mantenía á 120 y el termómetro á 37°.

A las cinco de la tarde, hora de nuestra reunion, la mejoría seguia, el pulso y la temperatura se mantenian á la misma altura; se le ordenó para esa noche las mismas tres inyecciones hipodérmicas y la misma dosis de bromhidrato al interior, para ponernos completamente á cubierto de la recidiva, puesto que ese dia á pesar de la fuerte dosis de quinina empleada, habia habido amago del ataque.

Dia 22. —Sigue la mejoría; no hay la más ligera molestia, y habiéndose pasado el dia sin novedad, se suspendieron las inyecciones hipodérmicas, pero se le dió al enfermo 0,60 centigramos de bromhidrato á las seis de la tarde, y se le ordenó que á las seis de la mañana del dia 23 tomase otros 0,60 centigramos; se reconoció la orina y no se encontró traza ninguna de albumina: el Sr. Ortega este dia se despidió de mí, no creyendo ya su presencia necesaria, y me complazco en darle las gracias por la ayuda y buenos servicios que me prestó en los momentos de la gravedad del caso.

Desde el día 24, día en cuya mañana también se le dieron 0,60 centigramos de quinina, hasta el día 2 de Noviembre en que escribo la observación, no ocurrió nada de notable; la mejoría cada día ha ido confirmándose más, y el enfermo debe salir á cambiar de temperamento dentro de dos días: sin embargo, un pequeño accidente se ha presentado; el día 25, víspera del en que se levantó el enfermito, se observó que no movía el pié derecho, á pesar que todos los movimientos de la pierna derecha se hacían regularmente, habiéndose paralizado *únicamente* el pié; espero que el tiempo, el cambio de clima y algunas embrocaciones que se le hacen devuelva al pié sus movimientos, reservándome á emplear más tarde la electricidad, en el caso que se prolongue la parálisis.

A muchas consideraciones se presta la observación que he tenido la honra de presentar á los miembros de esta respetable Academia: ellos más que yo las saben apreciar y pesar: solo me permitiré llamar la atención de mis consocios sobre los puntos siguientes:

Primero. La frecuencia con que tenemos en la práctica los casos de perniciosas, bajo todas sus formas en la Capital, cuando ántes apenas se encontraban casos aislados de fiebres intermitentes.

Segundo. La incubación y desarrollo del miasma palúdico, en un individuo en el que germinaba la intoxicación escarlatinosa, dando por resultado que ambas enfermedades marchasen á la vez.

Tercero. Siendo la quinina el *único* antídoto de la intoxicación palustre, la perniciosa nació, germinó y se desarrolló bajo su influencia, pues se recordará que durante siete días ántes que se presentara, el enfermo tomó en la mañana de cada uno de estos días 0,50 centigramos de bromhidrato de quinina; esto es, tres gramos cincuenta centigramos de la sal; que el día 20, día en que se desarrolló la enfermedad también tomó la quinina.

Cuarto. La dosis á que fué necesario llevar la quinina para dominar la enfermedad, pues en cuarenta y ocho horas se ingirieron 2 gramos en inyecciones hipodérmicas y dos gramos sesenta centigramos por el estómago, en un niño de nueve años, y á cuya dosis excesiva fué debida la curación, sin la que tal vez hubiera sucumbido.

Quinto. El enfermo tomó ántes del ataque, en el ataque y después del ataque, durante doce días y de una manera continúa, nueve gramos noventa centigramos (un tercio de onza) de quinina, sin que las vías digestivas hayan ofrecido el más ligero trastorno.

México, Enero 9 de 1878.

DR. EGEA.